

Una repercusión inmediata de esta diferencia parece manifestarse en el mayor carácter de vaguedad —y hasta posiblemente de invención— de que es susceptible la apología de Torres, en contraste con la concreción ramoniana. En *Automoribundia* se registra una tendencia a señalar en términos específicos tal o cual aportación de la que se enorgullece el narrador, ya bien sea su adelanto por unos treinta años al surrealismo (I, pág. 251), o al teatro de Pirandello (I, págs. 206-207), o su conciencia igualmente adelantada con respecto al significado del futurismo de Marinetti (I, pág. 252), o su escalofriante imaginación literaria que lo lleva a lanzar una bomba atómica en una de sus novelas años antes de que la ciencia descubriera dicha bomba (II, pág. 685)¹⁰. Bien: en Torres, y no obstante la documentación que brinda el trozo VI de la *Vida*, la tendencia usual es la contraria, limitándose el narrador a asegurarnos de que —pero no por qué— valen sus obras, y apelando, además, a la autoridad de otros como prueba, desde los «duques, los condes, los marqueses, los ministros y las más personas de la sublime, mediana y abatida esfera» (IV, pág. 170), hasta el propio rey (véase el «prólogo» al trozo V, pág. 186), sin olvidar de mencionar que los extranjeros que visitaban Salamanca ya no preguntaban por la Universidad, sino por don Diego de Torres (V, pág. 223). De modo que los argumentos concretos que explicarían el valor de sus obras son reemplazados por la aclamación de la sociedad. Lo cual podría delatar una inseguridad de ser por parte de Torres, quien, en efecto, revela en su *Vida* un profundo complejo de inferioridad¹¹. Esa «conciencia de una imposibilidad», ese

que le convertirá en «solapista», actividad que nos describe en II, capítulo LXXXIV, págs. 631-634, y extremo —repetimos— al que llega Ramón con tal de no renunciar a la literatura y al oficio de escribir, por mal que pueda vivir, o subsistir, de él, definiéndose desde muy joven como «monomaniaco literario» (I, pág. 174), sin excluir la radio (de la que nos habla ahora en II, págs. 502-505), forma próxima a la literatura, tanto en su dimensión de crónica como en la de periodismo y en la de literatura oral. Sobre el ascetismo literario de Ramón que le lleva a tales extremos como el de «solapista», y que después analizaremos más detalladamente, han hablado Mainer, bajo «Un asceta literario», en su «Prólogo» citado (págs. 14-16), así como Antonio Tovar, en «Ramón, asceta», *Ensayos y peregrinaciones* (Madrid, Guadarrama, 1960), págs. 286-299, sin proponerse ninguno de los dos apurar el tema a sus últimas consecuencias.

¹⁰ Para salirnos momentáneamente de *Automoribundia*, cabe recordar que en *El incongruente* un personaje sueña con lluvia de flores (véase la página 173 de la edición citada). Unos cuatro años después de la muerte de Ramón, la célebre lluvia de flores (aunque no onírica en este caso) sobre Macondo de *Cien años de soledad* (pág. 125 de la Editorial Sudamericana [Buenos Aires, 1968], si bien la primera edición es de 1967), quedaría como muestra típica de lo que se ha llegado a llamar «realismo mágico». Simplista sería siquiera sugerir que García Márquez debió haber leído ese pasaje de la novela ramoniana. Lo que sí procede es apreciar cómo una vez más esa imaginación de Gómez de la Serna abarca futuras posibilidades (el propio Ramón, hablando en *Automoribundia* de *El incongruente*, publicada por primera vez en 1922, no deja de relacionarla con Kafka, cuyas primeras obras no aparecen publicadas hasta 1926, como nos recuerda en II, pág. 722). Entre tantos temas aún por explotar en cuanto a Ramón y su obra, no sería éste el de menor interés, aun cuando algunos críticos lo hayan tocado ya de pasada, tal como Fernando Ponce en «Ramón, hoy: hacia mañana», *Ramón Gómez de la Serna* (Madrid, Unión Editorial, 1968), págs. 147-151, si bien poco hay de concreto ahí. El que hallamos elegido un ejemplo de realismo mágico en cuanto a esa capacidad de anticipo por parte de Ramón, también se debe al interés especial que podría tener la posible relación entre ese estilo y el de Ramón. Sabido es que uno de los primeros y más representativos cultivadores del realismo mágico, Alejo Carpentier, se había imbuido del ambiente vanguardista y surrealista en el que tan a su aire se movió siempre Ramón.

¹¹ Idea que ya desarrollamos en el capítulo II de nuestra *ob. cit.*

«sentimiento de dependencia respecto a un creador» que ve Marichal en Torres ¹², nos interesa a nosotros, no tanto desde la perspectiva teológico-filosófica, sino más bien la psicológica: inseguro ante sí y ante los demás, Torres se refugia en el prestigio social que implica ser el doctor «más requebrado de las primeras jerarquías» (V, pág. 232); temiendo la imposibilidad de ser —y de convencer a los demás de ser— todo lo que quiere y dice ser, se escuda detrás de la burla y de la broma, afirmando y negando simultánea y constantemente el valor de sus obras. Su risa del mundo y de los que creen en sus obras, no engaña, sin embargo, a ningún lector atento, que bien entiende que se trata de la risa patética de quien sufre una tremenda inseguridad y sentido de inferioridad, de los que pretende despistar con esa risa. Mezcla de mundanidad y ascesis, sí, pero muy hábilmente manejada para crear una impresión de campechanía, con la cual intenta ocultar ese sentimiento de insuficiencia ¹³.

Tan obsesiva y agobiante es esa necesidad de Torres de creerse, o hacerse creer, importante, y contrarrestar así su sentido de inferioridad, que su apología no excluye la posibilidad de invención, conforme ya adelantamos. Existen claros indicios de que Torres exageraba cuando le convenía, y mucho le convenía inventarse, o exagerar, si se prefiere, la persecución por parte de sus enemigos que tanto menta en la *Vida*, y que tanto sentido de importancia da a su persona, como él mismo no dejará de reconocer (véase, por ejemplo, IV, pág. 171) ¹⁴. Con lo cual llegamos a entrever con bastante lucidez el carácter contradictorio de la rebeldía torresiana, la cual no es tal, en el fondo, sino todo lo contrario, un deseo igual de obsesivo y agobiante de ser aceptado por el *establishment*. También aquí las trayectorias de ambos autobiografiados no pueden ser más polares. Resentido por el rechazo (imaginado o exagerado) de parte de la *intelligenzia* oficial de la Universidad de Salamanca, Torres reacciona con la rebeldía. Esta nace, claro está, no de ningún móvil de carácter ideológico, sino justamente de la herida psicológica que deja en él el no saberse, o sentirse, aceptado. Y como argumento y venganza en contra de sus enemigos por dicho rechazo, Torres les tira en cara constantemente su aceptación y éxito general ante toda la sociedad. En su juventud tuvo unas aventuras algo picarescas y bohemias; en su madurez y vejez, alcanza la cumbre de toda fortuna burguesa, de lo cual se siente muy orgulloso.

Justamente el contrario es el camino recorrido por Ramón. Hijo de un funcionario de Estado algo acomodado —mediana burguesía madrileña de fin de siglo— llegará a ensalzar y a vivir la bohemia y la pobreza con un sentido casi religioso (véase I,

¹² JUAN MARICHAL: «Torres Villarroel: autobiografía burguesa al hispánico modo», *Papeles de Son Armadans*, núm. cvii, págs. 305 y 306, mayo, 1965.

¹³ Hacemos referencia, claro está, a la tesis de SEBOLD (*art. cit.*) al aludir a esa mezcla de mundanidad y ascesis en Torres, cuya principal función autobiográfica, que aquí volvemos a señalar, estudiamos ya en el mismo capítulo II de nuestra *ob. cit.* No tardaremos en ver por qué a esa campechanía forzada de Torres se opone —por más auténtica— la de Ramón, cuyas palabras al final de *Automoribundia* tienen mayores razones para cobrar un sentido e interpretación más literales «...pero si alguien dudase de la veracidad y exactitud de lo que digo: ¡que le fríen un huevo!» (II, pág. 764).

¹⁴ Véase, también, la nota 10, pág. 70 de nuestra *ob. cit.*, y téngase en cuenta, además, que las ventajas que le proporcionan las críticas de sus enemigos, y que Torres, por esa misma razón, pudo haber exagerado, no contradicen necesariamente la manía persecutoria que Mercadier ve en Torres («Introducción» a *ed. cit.*, pág. 27).

cap. LVI, págs. 392-398) ¹⁵. La bohemia —pasajera y juvenil en Torres— se convierte en ideología existencial en Ramón. El *establishment*, la sociedad, los honores oficiales, que tanto anhela Torres, es justamente lo que tanto aborrece ese enemigo acérrimo de la Real Academia y de la cátedra que fue Ramón Gómez de la Serna ¹⁶.

Se entiende mejor ahora por qué la apología del salmantino dieciochesco resulta vaga, y vacilante, delatando una inseguridad tanto profesional como personal. En pleno contraste, la de Ramón respira ese aire de «insobornable» con que otro ha descrito su honestidad literaria ¹⁷, y la que hizo que Ramón se mantuviera siempre firme ante el fuego en el que decidió entrar, y del que salió sin ninguna concesión. Es decir, a la inseguridad torresiana, se opone la seguridad ramoniana. El clamor por piedad de Villarreal, que tan dramáticamente señala esa necesidad suya de ser aceptado, sea como fuera, por el lector ¹⁸, es incompatible con el fuerte sentido de convicción que caracteriza a Ramón. Y si en términos estructurales, esto se traduce en la ya mencionada vaguedad, y hasta sospecha de invención, por parte de Torres y en cuanto a los hechos que pretenden sustentar su apología, por otro lado, se explica también el carácter machacón y obsesivo con que el narrador de la *Vida* acusa a sus enemigos, y se autojustifica, contrastando ahora con esa mayor atención que da *Automoribundia* a anécdotas literarias e históricas, ausentando de sus páginas semejantes diatribas y polémicas personales, aun cuando no deje en determinado momento de aludir a las «encerronas» (II, pág. 754). «Apología» en el caso de Torres significa una defensa del yo a brazo partido; en el de Ramón, cabe más bien la acepción de hacer constatar una serie de logros, no ajenos —sería difícil— a la autoalabanza de la confesión mundana, pero sí lo suficientemente divorciados del apasionamiento personal, hasta resultar esa constatación más fundamental que toda defensa o alabanza (siendo lo contrario el caso de Torres, sin necesidad de repetirlo) ¹⁹.

De modo que el elemento de vanidad mundana que se registra en ambas autobiografías responde a, y resulta en, actitudes totalmente polares. Al lado de esa apología y confesión laicas, sin embargo, ya hemos visto que en las dos obras se

¹⁵ Del espíritu bohemio de Ramón ha hablado FRANCISCO UMBRAL en *Ramón y las vanguardias* (Madrid, España-Calpe, 1978), pág. 48.

¹⁶ A la Academia, por ejemplo, vuelve a fustigarla, junto con los académicos Marañón y Baroja (a quien nunca pudo perdonar su ingreso en ella), en II, pág. 592, mientras que su antipedagogía se puede ver en II, pág. 564, reafirmando ahí su «libertad y holgura de hombre» de escritor por encima de la seguridad que ofrece la cátedra (II, pág. 564). Ya tendremos ocasión de añadir ejemplos después de su actitud antipedagógica.

¹⁷ MAINER, en su «Prólogo» ya citado, pág. 15. Vale la pena reproducir aquí las siguientes palabras de Ramón: «¿De qué puede satisfacer el éxito literario si ha mentido uno hasta al lanzar la mentira del arte que debe ser honda verdad en el anhelo y en el fervor? ¡Eso nunca!» (I, pág. 243).

¹⁸ «Ténganme lástima, que soy más digno de ella que de la crítica insolente ...» (V, pág. 224).

¹⁹ «Fundamental» siempre aquí en el sentido autobiográfico, naturalmente. Dicho de otro modo, la apología de Ramón puede aceptarse como reflejo directo —siempre, otra vez, en términos generales—, de su personalidad, sin necesidad de pasar por el prisma de la interpretación textual que descubre los componentes de la personalidad detrás de los hechos de la apología, proceso que exigen Torres y su *Vida*. Sobre este tema de la íntima relación autobiográfica entre narración y narrador, volveremos después, quedando claro desde ahora, no obstante, que los hechos narrados en una autobiografía sirven siempre en función de la personalidad autobiografiada.